á un amigo nuestro riéndose de una manera filosófica de nuestros proyectos y diciéndonos: «Para destruír el Catolicismo hay que empezar por suprimir á la mujer.» Esta frase es verdadera en cierto sentido; mas, ya que no podemos suprimir á la mujer, corrompámosla juntamente con la Iglesia: CORRUPTIO OPTIMI PESSIMA. *El fin es asaz bello para tentar á hombres como nosotros; no nos apartemos de él. El mejor puñal para herir en el corazon á la Iglesia, es la corrupcion. Manos, pues, á la obra, hasta el fin* (1).

249. Tendremos que volver á hablar de estos asuntos por diferentes motivos. Bástenos aquí hacer notar que si algunos racionalistas muestran tanto encono en atacar á la familia y en propagar la corrupcion, no es tanto por odio al hogar doméstico y á las buenas costumbres y para trastornar á la sociedad, como por odio á la Iglesia, y con el fin de destruír la vida sobrenatural en los pueblos.

CAPÍTULO IX.

Secularizacion de la beneficencia.

I. La caridad católica.

250. Antes de Jesucristo era cosa desconocida la compasion de los desgraciados. Habia en el mundo antiguo suntuosos edificios para los *placeres* de los ciudadanos; no habia, empero, asilos para la *miseria*.

La Iglesia fué la primera en recoger á los huérfanos, asistir á los enfermos abandonados y socorrer toda enfermedad del cuerpo y del espíritu. Sabia que «el Hijo de Dios, siendo rico, se habia hecho pobre por nosotros (2),» y que habia llevado su amor á los hombres hasta morir por ellos. Sabia que los pobres y los desamparados están destinados á sentarse en tronos de gloria, y que un dia Jesucristo, delante de los Angeles y de los hombres, alabará y premiará como hecho á El mismo cuanto se hubiere hecho por su amor al último de los suyos (1).

(1) *Carta de Vindex á Nubio*, citada por el mismo.
(2) II Cor. VIII, 9.

Asimismo, desde los primeros dias del Cristianismo, hubo almas generosas que se dedicaron á cuidar de los miserables y se consagraron á ello con voto. Tertuliano, en su Apologética (2), señala á los emperadores, como un hecho notorio, que todos los cristianos mantienen no sólo á sus pobres, sí que tambien á los de los paganos. Atenágoras, San Justino y otros Padres de los primeros siglos, aducen testimonios parecidos. Tradiciones no interrumpidas hacen remontar el orígen de los primeros hospitales hasta la época de los discípulos del Salvador.

Cuando las naciones se hubieron hecho cristianas, no fué ya sólo la Iglesia quien se ocupase en los desgraciados; pero siempre ha tomado la parte principal en el ejercicio de la caridad. Las catedrales y principales parroquias poseían y sostenian hospicios. Estos establecimientos, muchos de los cuales estaban contiguos á la iglesia, eran servidos muy frecuentemente por los mismos clérigos. Así que, en los siglos cristianos y desde los primeros tiempos, nada más comun que ver al clero de las catedrales y parroquias juntar con el servicio divino y la cura de almas el cuidado de los enfermos, de los pobres y viandantes. Más tarde suscitó Dios una multitud de Ordenes religiosas que lo tomaron como su ocupacion exclusiva ó principal. Tales fueron las innumerables Corporaciones hospitalarias de la edad media;

(1) Matth. XXV, 40.
(2) XXXIX.

tales fueron, especialmente, la mayor parte de congregaciones de mujeres instituídas después del siglo XVII.

251. ¿No es cosa admirable ver en el seno de los pueblos cristianos, y gracias á la Iglesia, á los seres más desgraciados y repugnantes alojados en palacios, servidos por esclavos voluntarios á quienes un amor inmenso á los hombres liga al alivio de sus miserias, y que, con nombre de *hermanos* ó *padres*, de *hermanas* ó *madres*, les sirven con toda suerte de sacrificios y con todas las delicadezas del más tierno afecto? «Con el menor gasto posible y el mayor resultado posible, confiesa un racionalista, cien mil personas, hombres y mujeres, desempeñan voluntaria y gratuítamente las tareas sociales menos atractivas y más repugnantes, y son en la humana sociedad lo que los neutros entre las hormigas (1).»

II. Secularizacion de la beneficencia.

252. Parece, sin embargo, que el racionalismo debería, para no desmentirse á sí mismo, dejar á la Iglesia libertad omnímoda de recoger y asistir á los desgraciados. ¿No tiene sin cesar en los labios los nombres de «filantropía,» «humanidad» y «beneficencia?» El «filántropo» no puede tener celos de que otros amen á los hombres; el «humanitario» debe alegrarse de todos los servicios prestados á la humanidad paciente; el partidario de la beneficencia debe aplaudir á cuantos hacen bien á sus semejantes.

Pero nó, sabe bien el racionalismo que la Iglesia, madre y consoladora de todos los desamparados, afligidos y miserables, se atrae insensiblemente el corazon de todos sus protegidos. Ve que es tan infecundo en obras como fecundo en declamaciones; mientras que la Iglesia, con menos fraseología, no deja sin remedio ningun padecimiento. «La caridad en manos de la Iglesia es un

(1) Taine, *La Revolucion*, t. I.

arma en favor de la *supersticion* contra la *razon:* en nombre de la *razon*, y para destruír la *supersticion*, prohibamos á la Iglesia el ejercicio de la beneficencia.»

El racionalismo no quiere permitir ya á la Iglesia que construya hospitales, abra casas de huérfanos y cree asilos para las humanas miserias. Ni siquiera puede soportar la vista del hábito religioso en los establecimientos de caridad pública. Quiere oficinas «laicas» de beneficencia, sociedades «laicas» de socorros mutuos, depósitos «laicos» de mendicidad, hospitales «laicos,» montes de piedad «laicos,» obradores y casas de huérfanos «laicos.» En una palabra, la beneficencia deben ejercerla el Estado «secularizado» y sus representantes «laicos,» en establecimientos que sean propiedad del Estado, con dinero del público, por medio de «religiosos del racionalismo.»

253. Muchas trabas ha puesto ya el Estado moderno á la caridad de la Iglesia. Hasta hemos visto á las religiosas arrojadas de ciertos hospitales y reemplazadas con enfermeras «laicas.» Quizás no sea esto sino los preludios de otros atentados todavía más odiosos y tiránicos. Pues el fin á que aspiran los enemigos de Jesucristo, es quitar no sólo á la Iglesia, sino á los simples ciudadanos, el derecho de dar limosna por amor de Dios (1).

«La beneficencia ennoblece, dice el naturalismo; la caridad degrada.» Es decir, la beneficencia «laica» ennoblece, porque lleva á los pueblos á la luz de la razon; la caridad de los cristianos degrada, porque inspira amor y reconocimiento á Jesucristo y la Iglesia, y dispone á los pequeños y á los humildes á someterse al yugo de la fe y á la carga del Evangelio.

(1) «Impie pronuntiant auferendam esse civibus et Ecclesiæ facultatem, quo eleemosynas christianæ charitatis causa palam erogare valeant. (Encycl. *Quanta cura*).»

Mas, en realidad, la beneficencia «laica» es fria; sólo la caridad católica hace amar al pobre. Gasta el Estado para sus obras oficiales sumas enormes, cuya mayor parte la absorben los servicios administrativos; y lo que alcanza para los pobres y los enfermos se les da sin ningun cariño y con las frias restricciones reglamentarias. Al contrario, los socorros más exiguos parecen multiplicarse en manos de la Iglesia, y dilatan los corazones de los infelices con la misma eficacia con que alivian sus miserias.

¿Habeis alguna vez visitado los retretes de la beneficencia «laica» y los asilos de la caridad católica? En los primeros, los pobres se parecen á unos *administrados;* en los segundos, son *hijos* cuidados por una madre. Por esto, en los hospitales «laicos,» se ve á los enfermos descontentos y malhumorados; en los hospicios de la Iglesia están llenos de resignacion y á veces de alegría. Escápanse los pobres de los depósitos de mendicidad; con singular amor se adhieren á los asilos de las Hermanitas de los pobres.

254. «Hemos mentado, decia Portalis en su Informe sobre el Concordato, hemos mentado á aquellas vírgenes cristianas que tan generosamente se consagran al servicio de la humanidad desgraciada, achacosa y paciente. Ni el amor propio ni la gloria pueden servir de estímulo para virtudes y actos demasiado repugnantes y penosos para que puedan pagarlos los humanos aplausos. Hay que alzar la vista más allá de los hombres, y no se pueden hallar motivos de estímulo y de celo sino en aquella piedad que anima la beneficencia, que es extraña á las mundanas vanidades, y hace gustar en la carrera del bien público consuelos que no podria dar la razon sola. Por otra parte se ha experimentado ya que mujeres mercenarias, sin motivo interior que pueda ligarlas constantemente á su deber, no podrian reemplazar á personas animadas por el espíritu religioso, es decir, por un principio superior á los sentimientos de la naturaleza, y que, siendo el solo capaz de motivar todos los sacrificios, es el único que puede hacer desafiar todas las repugnancias y peligros. Cuando se presencian ciertas virtudes, parece que se ve brillar en la tierra un rayo celestial. Pues ¡qué! ¿tendríamos la pretension de conservar estas virtudes obstruyendo el manantial que las produce todas? No nos engañemos; sólo la Religion puede llenar por tal manera el inmenso espacio que media entre Dios y el hombre (1).»

En efecto, «aquel que no ama á Dios y dice que ama á sus hermanos, es un mentiroso.» «Conocemos que amamos á los hijos de Dios, cuando amamos á Dios y guardamos sus mandamientos (2).» ¡No se pueden tener ternuras para los pobres y los desgraciados, cuando no se está poseído de vuestro amor, oh Jesús mio!

TÍTULO II.

GUERRA Á LA JERARQUÍA CATÓLICA, Ó SEA AL CLERICALISMO PROPIAMENTE DICHO.

Preliminares.

255. Acabamos de ver la aplicacion del naturalismo á las sociedades humanas. Esta obra se llama en la lengua de los enemigos la *secularizacion* del Estado y de la familia, de la Religion y de la moral, de la vida

1.º Segunda parte de la tarea de los racionalistas.

(1) *Discurso sobre la organizacion de los cultos,* etc. 15 germinal, año X.

(2) «In hoc cognovimus quoniam diligimus natos Dei, cum Deum diligamus, et mandata ejus faciamus. *(I Joan.* v, 2).»